

La vida en la iglesia primitiva

Sábado 14 de julio

Acerca de la iglesia apostólica perteneciente a la época maravillosa en que la gloria del Cristo resucitado resplandecía sobre ella, leemos que “ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía”... que “con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos”. Y, además, que “perseverando unánimes cada día en el templo, y partiendo el pan en las casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios, y teniendo favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”.

Podemos buscar por el cielo y por la tierra, y no encontraremos verdad revelada más poderosa que la que se manifiesta en las obras de misericordia hechas en favor de quienes necesiten de nuestra simpatía y ayuda. Tal es la verdad como está en Jesús. Cuando los que profesan el nombre de Cristo practiquen los principios de la regla de oro, acompañará al evangelio el mismo poder de los tiempos apostólicos (*El discurso maestro de Jesucristo*, p. 116).

Cuando el Espíritu Santo fue derramado sobre la iglesia primitiva, los hermanos se amaban unos a otros... Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos” [Hechos 2:46, 47]. Los cristianos primitivos eran pocos en número, y no tenían riquezas ni honores; sin embargo, ejercieron una poderosa influencia. La luz del mundo resplandecía por medio de ellos. Aterrorizaban a los que hacían mal, dondequiera que se conocían su carácter y sus doctrinas. Por esta causa, eran odiados de los impíos, y perseguidos aun hasta la muerte.

La norma de la santidad es la misma hoy que en el tiempo de los apóstoles. Ni las promesas ni los requerimientos de Dios han perdido su fuerza. Pero, ¿cuál es el estado de los que profesan ser pueblo de Dios cuando se compara con el de la iglesia primitiva? ¿Dónde están el Espíritu y el poder de Dios que acompañaban entonces a la predicación del evangelio? ¡Ay, “cómo se ha oscurecido el oro! ¡Cómo el buen oro se ha demudado!” [Lamentaciones 4:1] (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, pp. 221, 222).

Cuando la gracia de Cristo se exprese en las palabras y obras de los creyentes, la luz brillará hacia los que están en tinieblas, pues mientras los labios pronuncien la alabanza de Dios, la mano se extenderá para

ayudar a los que perecen. Leemos que en el día de Pentecostés, cuando descendió el Espíritu Santo sobre los discípulos, nadie dijo que algo de lo que poseía era suyo. Todo lo que tenían fue entregado para el adelanto de una reforma admirable. Y millares se convirtieron en un día. Cuando el mismo espíritu actúe en los creyentes de hoy y devuelvan a Dios lo que es suyo con la misma liberalidad, se realizará una amplia obra muy abarcante (*El ministerio de la bondad*, p. 285).

Domingo 15 de julio: La enseñanza y la camaradería

Después del derramamiento del Espíritu Santo, los discípulos, revestidos de la panoplia divina, salieron como testigos a contar la maravillosa historia del pesebre y la cruz. Eran hombres humildes, pero salieron con la verdad. Después de la muerte de su Señor eran un grupo desvalido, chasqueado y desanimado, como ovejas sin pastor; pero ahora salen como testigos de la verdad, sin otras armas que la Palabra y el Espíritu de Dios, para triunfar sobre toda oposición...

Aquellos que habían rechazado y crucificado al Salvador esperaban hallar a sus discípulos desanimados, cabizbajos, y listos para repudiar a su Señor. Asombrados escucharon el claro y valeroso testimonio dado bajo el poder del Espíritu Santo. Las palabras y obras de los discípulos reeditaban las palabras y obras de su Maestro; y todos los que los oían, decían: Han aprendido de Jesús, hablan como él habló. “Y con gran poder los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús, y abundante gracia era sobre todos ellos” (*Testimonio para los ministros*, p. 67).

Muchos de esos creyentes primitivos se vieron inmediatamente separados de su familia y sus amigos por el celoso fanatismo de los judíos, y fue necesario proveerlos de alimentos y hogar.

El relato declara: “Ningún necesitado había entre ellos”, y dice cómo se suplía la necesidad. Los creyentes que tenían dinero y posesiones los sacrificaban gozosamente para hacer frente a la emergencia. Vendiendo sus casas o sus tierras, traían el dinero y lo ponían a los pies de los apóstoles, “y era repartido a cada uno según que había menester”.

Esta generosidad de parte de los creyentes era el resultado del derramamiento del Espíritu. Los conversos al evangelio eran “de un corazón y de un alma”. Un interés común los dominaba, a saber el éxito de la misión a ellos confiada; y la codicia no tenía cabida en su vida. Su amor por los hermanos y por la causa que habían abrazado superaba a su amor por el dinero y sus bienes. Sus obras testificaban de que tenían a las almas de los hombres por más preciosas que las riquezas terrenales.

Así será siempre que el Espíritu de Dios tome posesión de la vida (*Los hechos de los apóstoles*, p. 58).

La Providencia, aunque invisible, siempre interviene en los asuntos de los hombres. La mano de Dios puede prosperar o retener, y él frecuentemente le retiene a uno mientras parece prosperar a otro. Todo esto es para probar a los hombres y revelar lo que hay en el corazón... Los actos de generosidad y benevolencia fueron concebidos por Dios para mantener tiernos y llenos de compasión los corazones de los hijos de los hombres, y para estimular en ellos un interés y afecto mutuo en imitación del Maestro, quien por nuestra causa se hizo pobre, para que a través de su pobreza nosotros fuéramos enriquecidos. La ley del diezmo fue fundada sobre un principio permanente y fue ideada para ser una bendición para el hombre (*Testimonios para la iglesia*, t. 3, p. 599).

Lunes 16 de julio: La curación de un cojo

Con gran poder los discípulos predicaban a un Salvador crucificado y resucitado. En el nombre de Jesús realizaban señales y prodigios; los enfermos eran sanados; y un hombre que había sido cojo desde su nacimiento fue restablecido a la sanidad perfecta y entró con Pedro y Juan en el templo, andando y saltando mientras alababa a Dios a la vista de todo el pueblo. La noticia se difundió, y la gente comenzó a agolparse en derredor de los discípulos. Muchos vinieron corriendo, muy asombrados por la curación que se había realizado (*Primeros escritos*, p. 192).

El mensaje de la salvación es comunicado a los hombres por medio de agentes humanos. Pero los judíos habían tratado de monopolizar la verdad que es vida eterna. Habían atesorado el maná viviente, que se había trocado en corrupción. La religión que habían tratado de guardar para sí llegó a ser un escándalo. Privaban a Dios de su gloria, y defraudaban al mundo por una falsificación del evangelio. Se habían negado a entregarse a Dios para la salvación del mundo, y llegaron a ser agentes de Satanás para su destrucción.

El pueblo a quien Dios había llamado para ser columna y base de la verdad, había llegado a ser representante de Satanás. Hacía la obra que éste deseaba que hiciese, y seguía una conducta que representaba falsamente el carácter de Dios y le hacía considerar por el mundo como un tirano (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 26, 27).

El arrepentimiento comprende tristeza por el pecado y abandono del mismo. No renunciamos al pecado a menos que veamos su pecaminosidad. Mientras no lo repudiamos de corazón, no habrá cambio real en nuestra vida...

Pero cuando el corazón cede a la influencia del Espíritu de Dios, la conciencia se vivifica y el pecador discierne algo de la profundidad y santidad de la sagrada ley de Dios, fundamento de su gobierno en los cielos y en la tierra... La convicción se posesiona de la mente y del corazón... Ve el amor de Dios, la belleza de la santidad y el gozo de la

pureza. Ansía ser purificado y restituido a la comunión del cielo (*El camino a Cristo*, pp. 23, 24).

El poder condenador de la ley de Dios se extiende no solo a lo que hacemos, sino a lo que no hacemos. No hemos de justificarnos dejando de hacer lo que Dios requiere. No solo hemos de cesar de hacer el mal, sino que debemos aprender a hacer el bien. Dios nos ha dado facultades que deben ejercerse en buenas obras, y si no se emplean esas facultades, ciertamente seremos considerados como siervos malos y negligentes. Quizá no hayamos cometido atroces pecados; tales faltas quizá no estén registradas contra nosotros en el libro de Dios; pero el hecho de que nuestros actos no sean registrados como puros, buenos, elevados y nobles, lo que indica que no hemos cultivado los talentos que se nos confiaron, nos coloca bajo condenación (*Mensajes selectos*, tomo 1, p. 257).

Martes 17 de julio: El surgimiento de la oposición

El día siguiente al de la curación del cojo [Hechos 3] Anás y Caifás, con los otros dignatarios del templo, se reunieron para juzgar la causa, y los presos [Pedro y Juan] fueron traídos delante de ellos. En aquel mismo lugar, y en presencia de algunos de aquellos hombres, Pedro había negado vergonzosamente a su Señor. De esto se acordó muy bien al comparecer en juicio. Entonces se le deparaba ocasión de redimir su cobardía...

Pero el Pedro que negó a Cristo en la hora de su más apremiante necesidad era impulsivo y confiado en sí mismo, muy diferente del Pedro que comparecía en juicio ante el Sanedrín. Desde su caída se había convertido. Ya no era orgulloso y arrogante, sino modesto y desconfiado de sí mismo. Estaba lleno del Espíritu Santo, y con la ayuda de este poder resolvió lavar la mancha de su apostasía honrando el Nombre que una vez había negado (*Conflicto y valor*, p. 329).

Muchos tendrán que comparecer ante cortes legislativas; algunos tendrán que comparecer ante reyes y ante los sabios de la tierra para responder por su fe. Aquellos que tienen solo una comprensión superficial de la verdad, no serán capaces de exponer claramente las Escrituras y dar razones definidas de su fe. Se confundirán y no serán obreros que no tengan de qué avergonzarse. Que nadie se imagine que no tiene necesidad de estudiar porque no debe predicar en el pulpito sagrado. No sabéis qué puede Dios requerir de vosotros. Es un hecho lamentable que... muchos han fallado en equiparse para la obra... La religión ha significado demasiado poco para los profesos seguidores de Cristo; porque no es la voluntad de Dios que nadie permanezca ignorante cuando han sido puestos a su alcance la sabiduría y el conocimiento (*Fundamentals of Christian Education*, p. 217; parcialmente en *Eventos de los últimos días*, p. 213).

En el nombre del Señor hemos de avanzar, desplegar su estandarte y defender su Palabra. Cuando las autoridades nos ordenen que no hagamos esta obra; cuando nos prohíban proclamar los mandamientos de Dios y la fe de Jesús, entonces será necesario que digamos como los apóstoles: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer antes a vosotros que a Dios: porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído” [Hechos 4:19].

La verdad ha de ser presentada con el poder del Espíritu Santo. Es lo único que puede dar eficacia a nuestras palabras: Únicamente por el poder del Espíritu se habrá de ganar y conservar la victoria. El agente humano debe ser movido por el Espíritu de Dios. Los obreros deben ser guardados para la salvación por el poder de Dios mediante la fe. Deben tener sabiduría divina, a fin de que nada de lo que digan incite a los hombres a cerramos el camino. Inculcando la verdad espiritual, hemos de preparar un pueblo que podrá, con mansedumbre y temor, dar razón de su fe ante las autoridades supremas de nuestro mundo (*Testimonios para la iglesia*, tomo 6, p. 395).

Miércoles 18 de julio: Ananías y Safira

Los apóstoles se opusieron a los miembros de la iglesia que, mientras profesaban tener piedad, daban secretamente cabida a la iniquidad. Ananías y Safira fueron engañadores que pretendían hacer un sacrificio completo delante de Dios, cuando en realidad guardaban para sí con avaricia parte de la ofrenda. El Espíritu de verdad reveló a los apóstoles el carácter verdadero de aquellos engañadores, y el juicio de Dios libró a la iglesia de aquella inmunda mancha que empañaba su pureza. Esta señal evidente del discernimiento del Espíritu de Cristo en los asuntos de la iglesia, llenó de terror a los hipócritas y a los obradores de maldad. No podían estos seguir unidos a los que eran, en hábitos y en disposición, fieles representantes de Cristo; y cuando las pruebas y la persecución vinieron sobre estos, solo los que estaban resueltos a abandonarlo todo por amor a la verdad, quisieron ser discípulos de Cristo (*El conflicto de los siglos*, p. 41).

¿Qué es la humildad? Es ese sentimiento de pecaminosidad e indignidad que nos conduce al arrepentimiento. Necesitamos estar convencidos de la malignidad de una enfermedad antes de sentir la necesidad de ser curados. Aquellos que no captan la pecaminosidad del pecado no están en condiciones de apreciar el valor de la expiación y la necesidad de ser limpiados de todo pecado. El pecador se mide a sí mismo por sí mismo y por aquellos que, como él, son pecadores. No contempla la pureza y la santidad de Cristo...

El pecado de Adán podría ser considerado por las iglesias de hoy como un simple error, que debería ser perdonado inmediatamente y no pensarse más en él. Pero la norma de Dios es elevada y su Palabra in-

mutable, y por eso todas las prácticas egoístas y codiciosas son una abominación ante su vista. Los corazones de los creyentes necesitan ser purificados, santificados, refinados, ennoblecidos (*Alza tus ojos*, p. 14).

La longanimidad de Dios es maravillosa. La justicia espera largo tiempo mientras la misericordia suplica al pecador. Pero “justicia y juicio son el asiento de su trono” [Salmo 97:2], “Jehová es tardo para la ira”, pero es “grande en poder, y no tendrá al culpado por inocente. Jehová marcha entre tempestad y turbión, y las nubes son el polvo de sus pies” [Nahúm 1:3].

El mundo ha llegado a ser temerario en la transgresión de la ley de Dios. A causa de la larga clemencia divina, los hombres han pisoteado su autoridad. Se han fortalecido mutuamente en la opresión y la crueldad que ejercen contra su herencia, diciendo: “¿Cómo sabe Dios? ¿Y hay conocimiento en lo alto?” [Salmo 73:11]. Pero existe una línea que no pueden traspasar. Se acerca el tiempo en que llegarán al límite prescrito. Aun ahora casi han pasado los límites de la paciencia de Dios, los límites de su gracia y misericordia. El Señor se interpondrá para defender su propio honor, para librar a su pueblo, y para reprimir los desmanes de la injusticia (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 140, 141).

Jueves 19 de julio: El segundo arresto

Dijo Pedro: “El Dios de nuestros padres levantó a Jesús, a quien vosotros matasteis colgándole en un madero. A éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos testigos suyos de estas cosas, y también el Espíritu Santo, el cual ha dado Dios a los que le obedecen”. Al oír estas palabras intrépidas, aquellos homicidas se enfurecieron, y resolvieron manchar nuevamente sus manos con sangre matando a los apóstoles. Estaban maquinando esto cuando un ángel de Dios obró sobre el corazón de Gamaliel para que aconsejase así a los sacerdotes y príncipes... Había malos ángeles que impulsaban a los sacerdotes y a los ancianos a dar muerte a los apóstoles; pero Dios mandó a su ángel para impedirlo suscitando entre los dirigentes judíos mismos una voz en favor de sus siervos. La obra de los apóstoles no había concluido...

De mala gana los sacerdotes soltaron a sus presos, después de azotarlos y ordenarles que no hablasen más en el nombre de Jesús... [Pero] los discípulos testificaban valientemente acerca de las cosas que habían visto y oído, y por el nombre de Jesús realizaban grandes milagros. Intrépidamente ponían la sangre de Jesús a cuenta de aquellos que habían estado tan dispuestos a recibirla cuando se les permitió ejercer potestad contra el Hijo de Dios (*Primeros escritos*, pp. 195, 196).

Como obreros necesitamos consultarnos unos a otros en lo que atañe a asuntos difíciles. Es correcto que el hermano consulte con el

hermano. Y después de haber hecho esto, tenemos el privilegio de postrarnos en oración para pedir la sabiduría y el consejo divinos. Se comete un error lamentable cuando una sola voz humana se convierte en un poder dominante.

En el trabajo de los obreros deben realizarse consultas mutuas. Ninguno ha de depender de su propio juicio independiente y trabajar de acuerdo con sus propios planes, a menos que tenga una tesorería propia de la cual reciba los medios... Se me ha mostrado que el manejo de la obra no debe confiarse a manos inexpertas. Los que no han tenido amplitud de experiencia no son los que han de llevar las grandes responsabilidades, aun cuando se crean calificados para hacerlo. Sus hermanos pueden ver defectos donde ellos mismos únicamente ven perfección (*El evangelismo*, p. 76).

“Consultaos los unos a los otros” es el mensaje que vez tras vez el ángel del Señor me ha repetido. Al influir sobre el criterio de un solo hombre, Satanás intenta controlar los asuntos para su propia conveniencia. Pudiera tener éxito en desviar las mentes de dos personas, pero, cuando varios se consultan entre sí, hay más seguridad. Cada plan se someterá a un escrutinio más cuidadoso; cada movimiento de progreso será más cuidadosamente estudiado. Así habrá menos peligro de hacer decisiones precipitadas y desatinadas que pudieran causar confusión, perplejidad y derrota. En la unión está la fuerza. En la división hay flaqueza y derrota (*Testimonios para la iglesia*, t. 5, p. 28).

Viernes 20 de julio: Para estudiar y meditar

A fin de conocerle, “¿Por qué se tarda el Señor?”, p. 347.